

BARRIOS DE INDIGENTES

LAS YAGUAS

Por Fernando Alloza.

Inf. marzo 2/47

DESDE esta loma que se levanta dominante en Luyánó, el panorama de La Habana es espléndido. Sobre la vasta extensión urbana se destacan las siluetas de los grandes edificios que dan a La Habana el carácter de ciudad moderna y activa. Más cerca, en las faldas de la Loma del Burro, en las pendientes y hasta en la cumbre, se edifican pequeñas residencias familiares —en cantidad muy considerable— que saltan a primer plano para blanquear el magnífico panorama que se extiende ante nosotros. Mas, ¡ay!, cuando bajamos la vista para dirigirla al pequeño valle que serpentea la Loma del Burro, el espléndido y luminoso paisaje de La Habana se pierde. Ya no es una gran ciudad lo que se extiende ante nosotros ni las casitas blancas de los primeros planos que veíamos antes, vemos ahora; se destaca, en la falda de la loma opuesta, el contorno quemado de un barrio informe en el que las chozas parecen estar amontonadas y bajo los techos de yaguas negruzcas, sus moradores. Esto es también La Habana...

El reparto de Las Yaguas, por antonomasia; pues todos sus "ranchitos" —como cariñosamente llaman los yagüeros a sus chozas— están cubiertos por frágiles yaguas que cubren los techos de paredes construidas con retazos de hojalata, matrices de periódicos y tablas podridas. Tales son las "viviendas" de este barrio de indigentes que ha ganado nuestra atención para arrancarla del panorama habanero.

Seis mil seres humanos viven hacinados en las chozas del reparto de Las Yaguas, donde la promiscuidad de cuerpos sucios entre paredes angostas, sin ventilación ni agua, constituye un foco permanente de enfermedades infecciosas. La débil nutrición de estos seres, tan en armonía con su vivienda miserable, se asocia a la promiscuidad para hacer que la anemia y las infecciones no desaparezcan nunca.

CONTRA EL GOBIERNO Y LOS ELEMENTOS

En un informe del Municipio de La Habana leemos:

"Pese a la labor demoleadora del ciclón de San Lucas del año 1944 y a los esfuerzos que se realizaron por el Gobierno para la supresión de los barrios nómadas o de indigentes, que constituyen la parte enferma de la urbanización de La Habana, éstos han subsistido".

Y a ese informe podríamos agregar que, siete meses más tarde del ciclón, el reparto de Las Yaguas fué pasto de un voraz incendio que arrasó más de ochenta viviendas. Pero sus moradores se apresuraron a extinguirlo y unos días después, los yagüeros habían reparado los estragos de las llamas devolviendo al reparto la normalidad.

—Ni el ciclón, ni el fuego ni el Gobierno, pueden nada contra nosotros —afirma el alcalde de Las Yaguas y concluye:

—Y es que, ¿a dónde vamos a ir?... En La Habana no hay viviendas para los pobres.

El alcalde de Las Yaguas, Rufino González sabe muy bien a que atenerse respecto a los problemas de su reparto. Su alcaldía es muy convencional, pues ni administrativa ni formalmente, Las Yaguas constituye municipio ni siquiera núcleo de división o subdivisión municipal. Sin embargo, el alcalde de esta alcaldía inexistente, goza de verdadera popularidad entre los vecinos del barrio y de una autoridad ganada a costa de buen tacto y preocupación por la colectividad.

Este alcalde, con el mismo entusiasmo habla de la piadosa labor que llevan a cabo las misiones católicas entre los indigentes, que del abnegado esfuerzo de los evangelistas para socorrer y dar aliento a los pobres del barrio. Para los grupos políticos, ya sean auténticos, liberales, demócratas o comunistas, tiene juicios muy comprensivos que expresa ponderadamente. Su preocupación fundamental son los que, a nosotros se nos antojan pequeños problemas, de esta pequeña y desventurada comunidad.

Aquí atiende a una familia que necesita agua, allá a otra que requiere al médico; en las calles resuelve incidentes entre comadres y chicos, da consejos y vigila y vela por la tranquilidad y el buen nombre del barrio. Saluda cariñosamente a cuantos encuentra a su paso y para cualquiera tiene una palabra afable; es un político de cuerpo entero.

Llega a tanto en su celo, que por evitar los juegos prohibidos, hace unos días le saltaron unos dientes a golpes. Nos explica el incidente con resignación conmovedora:

Llega a tanto en su celo, que por evitar los juegos prohibidos, hace unos días le saltaron unos dientes a golpes. Nos explica el incidente con resignación conmovedora:



—Bueno... comoquiera que está prohibido el juego, fui a una casa donde jugaban y al llamarles la atención me soltaron una gallina; mira... —tirándose de los labios con el índice nos muestra el portillo que los dientes saltados le dejaron en la dentadura. Pero el incidente no le desalentó, sigue ejerciendo sus funciones y habla de su cargo con verdadero entusiasmo.

—Siete años hace que soy alcalde — nos dice. Fui elegido por los comerciantes y la 13a. Estación de Policía me confirmó, designando a un agente supervisor para colaborar conmigo. He sido alcalde en los días más difíciles...

Esos días "más difíciles", son la historia, la leyenda heroica de Las Yaguas. Algo así como la gran batalla en que el barrio conquistara el derecho a subsistir. Oigamos el relato de labios del alcalde:

—Después del ciclón, el Gobierno nos envió más de ochenta policías para llevarnos a Managua, pero nadie aceptó. Rechazamos a la policía y ahí —dice señalando la entrada al reparto— marcamos la "línea de frontera". Izamos la bandera cubana y al lado de ella, colocamos los retratos de Martí y Maceo, tras la línea señalada todos los hombres y mujeres del barrio estábamos dispuestos a resistir los ataques de la policía. Dos meses duró el cerco —añade— hasta que los estudiantes vinieron en nuestro auxilio y lograron que el Gobierno retirara sus fuerzas. Pero en sustitución, declararon Las Yaguas zona infecciosa y nos rodearon de un cordón sanitario que duró dos años. En todo ese tiempo no entró ni un sólo médico, pero al fin logramos que se levantara el cerco sanitario y ahora las cosas se han normalizado.

ESTAMPAS CALLEJERAS

En nuestro paseo por las accidentadas y tortuosas calles del reparto y en nuestras conversaciones con sus vecinos, hemos confirmado el espíritu que se refleja en los informes del alcalde. Nadie está dispuesto a dejarse arrebatar su choza de yaguas. La cosa no puede ser más miserable; en una habitación pequeña entre paredes y techos agrietados, se cocina y trabaja, duerme y hace todo una familia, siempre numerosa. Padres, hijos adultos y niños se amontonan ahí. Para obtener un cubo de agua han de hacer cola en una de las tres tuberías que hay para todo el barrio. Sale tan poca agua de cada tubería que una lata tarda cinco minutos en llenarse y, esa lata, ha de servir para cocinar, beber y bañarse una familia compuesta por los padres y seis u ocho hijos, que es el promedio normal entre los habitantes de Las Yaguas. No obstante, con qué tesón se defiende eso...

Nos paramos frente a un "ranchito" del que sale una tos bronca confundida entre el griterío de niños. Una mirada superficial es suficiente para dominar este cuadro de novela de Dostoiewski. Cuatro niños juegan entre las patas de un fogón apagado y las de un camastro, en el que un hombre de unos cincuenta años se debate en un angustioso acceso de tos. Este al vernos en la puerta nos invita a pasar. Tuvimos que bajar la cabeza para poder entrar. Los

niños siguieron jugando indiferentes a nuestra presencia, mientras el enfermo hacía penosos esfuerzos para incorporarse.

—Esta tos... —pronunció— ya hace dos años que la tengo, pero ahora no me deja ni levantarme.

Después supimos que es padre de siete hijos; tres mayores que están fuera de la casa y los cuatro que se arrastraban por el suelo donde el padre deja caer los esputos.

—;Y su señora?

—Trabajando, viejo; tiene un "lavaito" que la da seis pesos al mes...

Debajo de la cama tenía las medicinas; es decir, un frasco con jarabe de breva. Al dejar la casa volví a oír la tos bronca confundida con el griterío de los niños que no había cesado.

Descendiendo hacia la zanja que divide al reparto en dos partes, el infatigable alcalde nos informa de los barrios que componen el conjunto de Las Yaguas. Ahora estamos en pleno barrio de La Habana, a nuestra espalda quedan las Alturas de los Pinos, a derecha e izquierda, los barrios de Guillén y Machado y frente a nosotros, al otro lado de la zanja, Matanzas. Todo está dispuesto para una perfecta urbanización; falta sólo que el barrio desaparezca y empiece a urbanizarse.

También nos informa que en total existen 2,007 casas y 6,037 habitantes. Estos son los datos oficiales. Al preguntar al alcalde cómo los ha obtenido nos respondió sencillamente:

—Contando una por una las casas y preguntando cuantos viven en cada una.

A continuación sabemos que entre las múltiples funciones del alcalde, figuran la de repartir la correspondencia que llega a Las Yaguas e informar acerca del domicilio exacto, cuando alguien viene preguntando por algún yagüero.

A nuestro paso por una de las calles se nos cruzan varios muchachos que huyen de las amenazas de una mujer enfurecida. Uno de ellos, sin dejar de correr, grita:

—A Lala le han llevado el pato y dice que somos nosotros.



El alcalde como si me creyera intranquilo, aclara:

—No haga caso, Lala no tiene pato ni nada... pero siempre cree que le roban.

Un poco más adelante un viejo va gritando:

—Treinta y tres, "la Pinocha"... A quilo el número.

Va vendiendo números de una rifa y para animar a los compradores explica:

—Los zapatos están nuevos... A quilo... Tengo el quince, "el perro", "el matrimonio", "la suegra"...

La zanja, teóricamente, sirve de desagüe a todas las inmundicias del reparto, pero las inmundicias quedan estancadas porque la escasa corriente de agua que lleva la zanja en su cauce no tiene fuerza para arrastrarla. No obstante, ahí las mujeres lavan sus ropas.

PEQUEÑAS INDUSTRIAS

Entramos en una barbería donde un letrero en grandes e irregulares caracteres nos advierte: "Si no tiene dinero no se siente a pelarse" y por si nos cabe alguna duda acerca del rigor de esta advertencia, leemos: "Cero fiado... el que fiaba se murió al nacer".

La tarifa es un tanto ambiciosa: "Niños en pluma, corte 0.20". "Pelados mayores 0.25". — "Renovación o mano negra, 0.30". Esto de "renovación o mano negra", es una especie de refinamiento.

—El último grito de la moda en pelados —nos informá el peluquero.

Aún leemos otra recomendación: "Espere su turno con paciencia". Esta es, sin duda, en previsión de grandes aglomeraciones; hoy no espera nadie, si alguien esperara tendría que hacerlo en la calle porque en la barbería apenas caben el barbero la silla y un cliente. Hablando de su negocio nos dice el propietario:

—Se ganan una o dos pesetas, en varios servicios.

—Pero, ¿y los precios de la tarifa?

—Bueno... eso es la tarifa, pero para ayudar a los clientes los pelo por un real, un medio o lo que traen; el caso es ir viviendo... —concluye filosóficamente.

En esta tabaquería la hoja, según el tabaquero, es de Vuelta Abajo. Y en el esmero que pone en estirla e ir formando las capas del tabaco, diríase que si no lo es, merece serlo. Este pequeño industrial de Las Yaguas es uno de los mimados por la fortuna, pues en su "ranchito" tiene un viejo aparato de radio, de aquellos que figuran ya en la prehistoria de la radio. Se trata de un aparato de galena y auriculares. Tam-

bién tiene una lámpara brillante, cosa nada frecuente en el reparto. Al saludarle nos responde con afabilidad:

—Aquí... en el chinchaleo. Comiendo se va... unas veces apretado y otras más suave... Se va comiendo, —resume a modo de conclusión.

Vende unos tres mazos de tabacos a ochenta y cinco centavos el mazo. Lleva veinte años de tabaquero con breves interrupciones en las que ha sido chófer, pero su verdadera vocación es el chinchaleo. Su señora le oye con deleitación y de vez en cuando nos dirige miradas furtivas, llenas de curiosidad. "¿Qué dirá este periodista?" —debe preguntarse.

Este matrimonio privilegiado tiene un solo hijo, caso rarísimo en Las Yaguas, pero al hijo no hay quien le haga trabajar en la tabaquería. Hace jornales de peón cuando encuentra mas en ningún caso, como dice el padre; "le gusta el chinchaleo".

Y he aquí, "el Humilde", es un zapatero con la zapatería inactiva. Las leznas se le han enmohecido, a la mesa se le han podrido las patas y las desvencijada silla que tiene para la limpieza del calzado está arrumbada. Sólo se conserva en buen estado el letrero que anuncia: "El Humilde". En vista de estas circunstancias y, acaso, un poco por la tradición del oficio, se pasa el día tirado en un camastro. Al oírnos se despeza y creo que le contrarió bastante nuestra visita.

—No se gana ni para el almuerzo —nos contesta al interesarnos por su negocio. Con indolencia, muy de su natural, fué incorporándose poco a poco, se restregó los ojos y alargó el brazo hasta alcanzar con la mano a la mesita. Como, al parecer no encontrara lo que pretendía, cogió un recorte de suela, lo dobló, volvió a doblarlo y exclamó:

—Ni cigarros tengo...

Resuelto este pequeño problema se animó bastante y nos mostró un baúl en el que había doce o quince pares de zapatos maltrechos.

—Oíste viejo, me traen los zapatos, hago el remiendo y pasan meses y años y no los sacan.

Tras este comentario, dejó caer la tapa del baúl y comprendimos que el camastro ejercía una poderosa atracción sobre él. Quizás cuando los clientes hayan recogido sus zapatos, "el humilde" reanudará su actividad.

En otro "ranchito" se construyen fogones con chapa de neveras viejas, se hacen soldaduras rudimentarias y, al lado, se fabrica dulce de piña. Hierve la piña rallada en un bote con agua y azúcar y cuando ha hervido un rato



4

pasa el contenido a otros botes más pequeños que unos muchachos se llevan. Hemos seguido a uno que se va con dos botes, se dirige a la calle principal, o sea a la calle de los Hermanos Freire. Aquí un joven tras una mesa recibe la mercancía. Los chicos rodean la mesa y las moscas la invaden. Aquellos aprovechan los descuidos del vendedor para meter los dedos en el dulce; las moscas más afortunadas, campean por sus respetos sin nada a que temer.

En un platillo sobre la mesa hay ocho centavos, es la venta del día.

"EL PARAISO"

Al pasar por la calle principal nos llama la atención el ir y venir constante de mujeres. Van provistas de platos y pequeñas latas vacías unas, y con éstas se cruzan otras, que salen con las latas y platos humeantes. Ese movimiento de entrada y salida es en "El Paraíso". Y a juzgar por la cara de satisfacción de las que salen, diríase que es un paraíso de verdad.

Se trata de una fonda que despacha raciones familiares a todo el que tiene veinte centavos o más para pagarlas. Hay otros con menos sentido familiar que consumen su ración en un tosco y estrecho mostrador hecho con tablas de cajón. Este es el negocio más importante de Las Yaguas, la cara sonriente del propietario lo confirma. Todo está a la vista del público, la comida, la cocina y el cocinero. En grandes latas cue-

ce el arroz, en otras las habichuelas y la yuca está amontonada en un rincón. Para los menús de lujo hay un rabo estofado.

La ración de arroz con habichuelas y yuca vale veinte centavos, si se agrega rabo estofado, el precio sube a treinta y cinco. El cocinero va llenando los platos mientras el propietario cobra y atiende a los clientes del mostrador. Algunas mujeres protestan por lo corta de la ración y entonces el propietario, con un gesto de magnífica benevolencia indica al cocinero que le ponga más habichuelas.

El alcalde, mi fiel acompañante, ha de intervenir en un incidente. Una mujer está pegando a un niño y éste le devuelve los golpes con grave riesgo de tirar la comida que la mujer aguanta con la mano izquierda.

—¡Descarado, atrevido! —grita la mujer.

El alcalde sujeta al muchacho que protesta:

—La atrevida es ella que me da golpes.

—Quería meter la mano en la comida —explica la mujer.

El alcalde reprocha al muchacho su acción y éste baja la vista un tanto avergonzado; trata de soltarse del alcalde y cuando lo consigue, sale corriendo.

—Los muchachos... —comenta con gesto comprensivo el alcalde.

Otra fonda, ésta más modesta. Es el puesto de frituras de un chino. La comida es barata; a centavo la fritura. El chino no da abasto a despachar. Aquí los chicos también merodean el establecimiento al acecho de los descuidos del chino o de los clientes. Observando las piernas y las manos flacas, la cara escuálida y el vientre hinchado de estos niños, comprende uno el afán que muestran en llevarse a la boca un puñado de arroz o una fritura... Es el hambre, es la anemia que hacen verdaderos estragos.

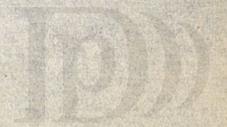
LOS EVANGELISTAS

Pasamos delante de una bodega sin clientes que languidece, se llama: "La Vía Blanca" y después visitamos dos bodegas más. Naturalmente, los propietarios son gallegos. Claro está que uno de ellos no es gallego, sino leonés, más propiamente dicho, maragato; pues los de Astorga no transigen con que se les llame leoneses o

castellanos, son maragatos y nada más que maragatos; por algo nacieron en Astorga donde se comen las mejores mantecadas del mundo.

Ambos bodegueros son dos casos peculiares. Los dos son activos y fervientes evangelistas que tienen a su cargo la iglesia evangélica de Las Yaguas. Trabajan abnegadamente por divulgar y hacer fieles de su religión y la vida de ambos es un magnífico ejemplo de regeneración moral. Proclaman ante el barrio entero, la vida de crápula, borrachera y mendicante que llevaban hace unos años y contrastan aquella vida con la de hoy, consagrada al trabajo, a la caridad y al virtuoso ejercicio del bien entre sus semejantes, debido a la influencia de su credo y de su fe en el cristianismo evangélico.

En ninguna de las dos bodegas se venden bebidas alcohólicas, el peso y la medida se expone al cliente para que compruebe su exactitud y la ganancia en las ventas, está reducida al mínimo. Pero eso sí, cada cliente ha de oír las constantes recomendaciones evangélicas de los bodegueros y saber que fueron, borrachos empedernidos, enfermos casi incurables e hicieron una vida degradada, pero que de todo ello se han liberado gracias a su religión.



5

La historia es cierta y todos los vecinos de Las Yaguas recuerdan cuando éstos llegaron al barrio de indigentes, empujados por la miseria y el vicio que los consumía.

Con Juan Cabezas, el bodeguero de Astorga y la máxima jerarquía evangélica en el reparto, visitamos la iglesia, situada en un "ranchito", un poco mayor que los que sirven de vivienda. A la entrada leemos: "Primera Iglesia Pentecostal de Cuba". En el interior hay unos bancos, las paredes están desnudas de imágenes y sólo algunos dibujos ingenuos ilustran pasajes bíblicos. En el fondo se levanta un pequeño estrado y sobre él una mesa con la Biblia. La pared está adornada con flores artificiales y unas inscripciones que dicen "Dios es amor", "Ojalá miraras tú a mis mandamientos".

Cabezas me habla y me mira con ojos de iluminado. Sonríe lleno de alegría, dejando sentir su triunfo íntimo en la fe. Me explica que su señora es la pastora del templo y que cada día ganan más fieles para su religión.

Le hablo de León, de Astorga, pero apenas conserva un vago recuerdo de aquel pueblo famoso, entre todos los que viajan hacia las regiones del Noroeste de España, por sus mantecadas. Salió de allá cuando tenía trece años, su padre era maletero de la estación, pero todo lo anterior a su conversión, es para este hombre la vida de otro.

ESCUELAS Y ASISTENCIA MEDICA

Las Misiones Católicas en el reparto de Las Yaguas están dedicadas, especialmente, a la instrucción y cuidado de los niños. A la entrada del reparto se levantan los blancos edificios de las Misiones, donde están instaladas las escuelas y la iglesia. Unos doscientos niños asisten a las escuelas primarias y, de entre ellos, se seleccionan algunos para estudios secundarios. A las niñas se las enseña a bordar y coser bajo el cuidado de dos hermanas de la Orden de las Siervas de Jesús que, a su vez tienen a su cargo las escuelas primarias. La Directora, hermana Magdalena de Jesús es una monja mexicana que lleva diez y siete años en Cuba; con una sonrisa llena de amabilidad nos dice:

—Yo me considero la primera yagüera y todo sacrificio por ali-

Existe otra escuela en Las Yaguas, está regentada por una señora que lleva trece años en el reparto. Ejerce sus funciones de maestra con los párvulos, a quienes dedica sus mejores cuidados. No cobra nada y vive tan miserablemente como los demás. Para local de la escuela se sirve de dos "ranchitos" que quedaron abandonados cuando el ciclón y en ellos reúne a sus niños todos los días. Está orgullosa de haber sido la fundadora de la escuela entre los indigentes.

—Cuando se fundaron las otras escuelas —nos dice— quisieron llevarme a ellas, pero... de consérjeme—. Y mueve la cabeza con visible contrariedad para concluir:

—Prefiero quedarme como estoy, con mis niños, aunque nadie me pague ni se reconozca mi esfuerzo.

En la Casa de Socorro de Luyano, se asiste a los enfermos de Las Yaguas y a los de otros barrios gemelos a éste, el de Cuevas de Humo e Isla de Pinos. El Director de la Casa de Socorro, doctor Víctor Jiménez nos informa:

—Unos mil quinientos enfermos pasan diariamente por nuestros consultorios y el 40 por ciento, pertenece a los repartos de indigentes... Lo que más abundan son las enfermedades infecciosas lesiones por agresión y psicosis; es decir, enfermos que se creen estarlo debido a la anemia.

La falta de higiene, la desnutrición y las peleas, son las causas más graves de las enfermedades en los barrios de indigentes.

—¿Y entre los niños? —preguntamos al doctor Jiménez.

—Los parásitos intestinales que agudizan aún más la anemia que padecen.

Al dejar el despacho del médico hemos de abrirnos paso por entre una aglomeración de enfermos que esperan el turno de su consulta en el patio de la Casa de Socorro. El cuadro es conmovedor, mujeres con un niño en brazos y dos o tres pegados a las faldas. No se sabe quién es el que necesita al médico, si los niños, la madre, o unos y otra.

DESPEDIDA

Volvemos a Las Yaguas, hay que despedirse del alcalde y de la alcaldesa que nos ha invitado a una taza de café. Los comentarios ahora son festivos, la alcaldesa reprocha cariñosamente a su esposo la carga que se ha echado encima con la alcaldía y comenta:



6

—No se puede vivir, oíste, no se puede vivir. Aquí vienen todos los que secesitan algo. Figúrate que el otro día vino una señora, de muy lejos a buscar un chivo que se le había perdido.

El alcalde sonríe benevolamente; hombre experto, al fin, sabe que hay que dejar hablar a las mujeres.

Dejamos Las Yaguas como estaban. En este pequeño mundo de vidas menguadas por la miseria nada altera su creciente proceso de depauperación. Al regresar a La Habana aún dejamos a nuestro paso dos barrios de indigentes, tan populosos como Las Yaguas y tan en la miseria. Cuevas del Humo e Isla de Pinos. Más cerca aún del corazón de La Habana que aquél, e igualmente olvidados los tres. La ciudad sigue su vida precipitada indiferente a estas "partes enfermas de la urbanización de La Habana", como las califica el informe que hemos aludido al comenzar nuestro trabajo... Si sólo fueran partes enfermas de la urbanización, pero... son también y, sobre todo, partes enfermas de la sociedad que reclaman urgente cura.

Gup, marzo 1944





La bodeguita de "el gallego", que no es gallego, sino maragato. (Foto Nic Diaz).

viar el dolor de este barrio me parece pequeño.

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

origina del IICOM 5008



Vista de Las Yaguas, tomada desde la loma de